



MIGUEL DUEÑAS

la prohibición del jade



La Huera Grande
EDITORIAL

MIGUEL DUEÑAS

la prohibición del jade



ESLES DE CAYÓN
2019

© De los textos: Miguel Dueñas

Madrid, febrero 2019

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6. 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-45-7

D. L.: M-35933-2018

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

A Shep le pusimos el apodo «Dedos Ligeros» porque una vez se cortó parte de uno de sus pulgares por accidente, poco antes de acabar la escuela primaria. Tan solo perdió un trozo de la yema, no llegó a cortarse la falange entera ni nada parecido, pero imagino que, igualmente, al chico tuvo que dolerle. Jugaba a abrir y cerrar una navaja mariposa delante de nosotros: alardeaba de su pericia mirándonos fijamente, sonriendo, guiñándonos un ojo de vez en cuando, mientras la cuchilla de aquella navaja danzaba libre entre sus dedos. No tardó en hacerse daño. La cosa no llegó a mayores porque logramos que dejase de sangrar taponándole la herida con el pañuelo de mi hermana Jade, un pañuelo de hilo que mi madre le entregó de pequeños con una jota bordada en una esquina. De todos modos, Shep nunca llegó a sangrar mucho; de entrada, uno se imagina auténticos torrentes cuando alguien se rebana una de sus yemas de cuajo, por más que sea tan pequeña como la propia uña. Pero de ningún modo ocurre eso.

El caso es que no pudimos hacer nada por su dedo, por que volvieron a cosérselo en su sitio. Así que, un par de semanas más tarde, una vez el muñón del pulgar de su mano derecha estuvo tan seco como para poder sujetar una pala, Shep optó por enterrar su pedazo de dedo en el cementerio de la reserva —los chicos y yo lo vimos todo—, en un hoyo contiguo al de la tumba de su hermano

pequeño. A la espera de reencontrarse con él en ese mismo agujero el día de su muerte.

Gran Búfalo y otros hombres del poblado colaboraron para darle una sepultura digna a ese dedo. Cantaron canciones de duelo, todos cogidos por las manos, y trataron de honrarlo ofreciéndoselo a los dioses. Todos permanecimos en silencio, mirando a los ojos a Shep Dedos Ligeros. Él, mientras, entrelazaba sus nueve dedos sanos de un modo ceremonioso, atento a las plegarias. Por momentos, pensé que aquello formaba parte de una especie de broma con el dedo gordo de Shep como señuelo, pero lo cierto es que todos ellos se lo tomaron muy en serio, de veras sentían la pérdida; aquella solemnidad sobrecogía. A Shep le pareció justo, igual que a todos. Quiero decir que nos gustó que Gran Búfalo y los otros indios tratasen con respeto al pulgar de ese pobre chico —tan solo éramos unos críos—, que hicieran lo que estaba en su mano por quitarle hierro al asunto. Y sé que Shep lo agradeció de veras. Incluso, días después, pasado el mal trago, el chico empezó a bromear con la intención de cortarse otro dedo voluntariamente.

De todos modos, muchos otros chicos se burlaron de él días más tarde. Decían: «Eh, Shep, ¿verdad que todo está O.K.?», y levantaban los pulgares delante de su cara. A veces trataban de imitar a un emperador romano en pleno circo —supongo que alguien nos contó algo de historia en la escuela india St. Michael de Window Rock—, y repetían ese gesto chasqueando la lengua.

Desde entonces, Shep utilizó la mano izquierda en todo momento como si fuese su mano dominante. Escribía con ella a pesar de que no era necesario, la utilizaba para asir los cubiertos. Incluso, en las ocasiones en que se veía obligado a estrechar la mano de alguien, utilizaba la izquierda por miedo a que el muñón que brotaba de su mano provocase que lo rechazaran.

Una de las que más se burló de él fue mi hermana Jade. Ambos se gustaban, puede que desde el primer día en que se vieron. No había que ser muy listo para darse cuenta. Así que pronto empezó a parecernos normal que Jade le llamara tullido o tarado para mofarse. Él la miraba enfadado o, al menos, fingiendo estarlo, pero sé que en el fondo le hacía gracia, igual que a todos. La verdad, siempre me pareció llamativo que no llegaran a confesar nada, que nunca dijeran a nadie que se querían. Aunque supongo que después de todo no hacía falta. Se cogían de las manos en nuestra presencia, antes y después de lo del accidente, se miraban a los ojos de una manera cómplice. A veces hablaban de los hijos que tendrían cuando fueran mayores. Recuerdo que siempre acababan riendo cuando salía ese tema de los niños, cuando uno de los dos o cualquiera de los otros chicos lo mencionaba. Pero yo creo que ambos hablaban muy en serio. Entonces, Shep la cogía por la cintura o le rodeaba el cuello con el brazo. La apretujaba tan fuerte como podía para evitar que se zafase, y le daba besos por toda la cara, y sonreía como un bobo. Mi hermana detestó siempre que la sujetaran, así que trataba de soltarse por todos los medios. Tardaba minutos en hacerlo, tiempo que el resto pasábamos mirándolos, como si se tratara de una película o una obra de teatro improvisada en plena calle. Luchaba, profería algún insulto referente a lo de su dedo. Una vez mi hermana se libraba de él, decía: «¿Cuántos añitos tienes, Shep, diez?» y, antes de que el chico pudiese responderle, le plantaba nueve dedos delante de la cara.

Yo creo que tan solo había un par de cosas que distinguían a Shep de mi hermana, en lo demás eran prácticamente idénticos. La primera se refería al modo en el que se tomaban las cosas. Jade era de lo más sensata, igual que el resto de la tribu. Puede que algo tozuda. Por el contrario, Shep insistía en otorgarle una razón mística a todo aquello que le sucedía. La pérdida de su dedo, por ejemplo. Siempre consideró que tarde o temprano aquello debería significar algo, que tuvo que cortárselo para mantener un orden concreto en el poblado, una especie de karma. Quizás por eso se inventaba historias de catástrofes o de salvamentos épicos en los que él intervenía, y luego aseguraba que ese pulgar era el precio por su comportamiento heroico; en el fondo el chico tan solo trataba de asumir su torpeza, nada más que eso. La otra cosa que los diferenciaba era que, poco antes de lo de su dedo, Shep perdió a su hermano pequeño, un chiquillo menudo y frágil que no llegó a cumplir los cuatro meses. Y mi hermana jamás había perdido a nadie. «Tú al menos conservas a este», decía señalándome, tratando de compadecerse. Y mi hermana cerraba la boca porque el hecho de que yo existiera servía para corroborarlo.

También la reserva, al igual que Jade, se rigió siempre por esa misma lógica. Por encima de cualquier otra cosa. Quiero decir que todo lo que ocurría nos lo tomábamos atendiendo a la sensatez,

de un modo natural, igual que las nubes viajan si hay viento y la lluvia cae hacia abajo desde el cielo. En el poblado nunca creímos en malos augurios interpretando el vuelo raso de un águila, ni cada puesta de sol era el inicio o el final de nada. Bueno o malo. Por eso no acabé de comprender del todo por qué mis padres bautizaron a Jade con ese nombre, como si trataran de simbolizar algo bello que a los demás se nos escapaba. No era lógico. Nunca tuvo la piel especialmente tersa, al menos no más que la de las otras chicas de la reserva. No nació con los ojos verdes ni había en ella nada distinto que nos recordase a una piedra preciosa. En cambio, en otras familias, los padres bautizaron a sus hijos atendiendo a sus antepasados. Al hijo del jefe del departamento de Asuntos Indígenas de nuestra demarcación, Gran Búfalo, lo llamaron Pequeño Búfalo, como cabía esperar. A Nube Blanca, una chica de la misma edad que Jade, la bautizaron con ese nombre en honor a la madre de su madre, Nube Blanca también. Y supongo que a su hermano mellizo lo llamaron Second Boy porque nunca esperaron que naciese un segundo cuerpecito de aquella misma barriga el día del parto; por aquel entonces ninguna india acostumbraba a hacerse ecografías.

A mí me llamaron Winston, igual que mi padre. Y como el hecho de tener un hijo debía representar algo hermoso, me apodaron «Planta que crece». En ocasiones, los chicos me llamaban Winston Junior para burlarse, a todos les hacía gracia. Reían a carcajadas mientras pronunciaban mi nombre, pataleaban en el suelo. En otras, Winnie. O, simplemente, Planta.

Todo era de lo más simple.

Lo mismo ocurría en lo concerniente al resto de las cosas: si uno era ciego, lo llamábamos el ciego. Y punto. Si alguien era cojo, pasaría a llamarse el cojo. Y si era rubio, el rubio. Aunque nadie lo era.

En la reserva todo se dejaba bien claro desde un principio, ya lo creo, también durante los *ponwoms*, esas fiestas antiguas en las que los de la tribu cantan y se emborrachan, bailan alrededor del fuego y entrecortan el sonido de su propia voz con la palma de la mano. Durante las ceremonias, los mayores se sentaban siempre en los mismos sitios, juntos, y trataban de acercarse los licores pasándose los de mano en mano. En algunas ocasiones daban de beber a las mujeres, sobre todo si estaban en ayunas, aunque en otras, eran ellas las que se levantaban en busca de la botella si querían echar un trago. Los hijos permanecíamos más apartados, a mayor distancia de las bebidas.

Antes, cuando era pequeño y Shep aún conservaba intactos todos los dedos de su mano derecha, me gustaba celebrar esas fiestas. Cantábamos juntos, y los viejos fumaban yerba y contaban anécdotas antiguas. Por eso, a raíz de lo de su dedo, Shep Dedos Ligeros empezó a inventarse historias sobre su pulgar cada vez que celebrábamos un *ponwow* en el poblado. Se acariciaba la barbilla con parsimonia, señalaba la fosa donde yacía su preciado trozo de carne, contigua a la tumba de su hermano. Y repetía: «Este dedo, tíos, este dedo es pura historia de la reserva».

Fue durante uno de los *ponwoms* cuando por fin mi hermana reunió el valor necesario para contestarle. Recuerdo que los chicos y yo escuchábamos a Shep a poca distancia del fuego. Jade, a mi lado, permanecía también en silencio, con la cara iluminada por las llamas.

—Lo de ese dedo tuyo es pura patraña —dijo de pronto, interrumpiendo el relato de Shep. En ese momento contaba que perdió la yema al apartar unas brasas del cuerpecito de un bebé, durante el incendio de una de las casas. Ninguno nos lo creímos pues conocíamos bien la historia real de ese dedo gordo suyo, pero imagino que sus mentiras nunca nos dolieron tanto como le dolían a Jade.

Los chicos y yo nos quedamos callados, observándola.

—Eres un mentiroso, Dedos Ligeros.

Shep extendió los brazos en señal de inocencia. Mi hermana lo miraba con una expresión grave.

—Los que se pelean se desean —interrumpió Second Boy, provocando que todos nos riéramos.

Mi hermana alzó el brazo con la intención de golpearle en la nuca, pero se detuvo en el último momento.

—Te cortaste por jugar con el filo de la navaja —dijo—, todos lo vimos. Deberíamos reírnos de ti en tu propia cara.

A veces mi hermana y Shep fingían pelearse delante de nosotros, y después se reconciliaban en cuanto uno de los dos era incapaz de aguantar la risa por más tiempo. Pero aquel día ninguno parecía estar de broma.

Shep miró lo que quedaba de su pulgar detenidamente, lo acarició despacio con la yema de sus otros dedos. A la luz del gran fuego, aquel muñón proyectaba unas sombras estrechas y alargadas como la piel de una pasa.

—Rescaté a un bebé del fuego. Eso es.

La verdad, todos sabíamos que casi todo aquello era cierto, rigurosamente cierto. Quiero decir que aquel incendio ocurrió de verdad, aunque en ningún caso murió gente, ni nadie tuvo que rescatar a ningún bebé de morir abrasado. Pero Shep era experto en mezclar acontecimientos reales con ocurrencias de su propia cosecha, y eso era lo que hacía enervar a mi hermana.

Jade negó con la cabeza, miró a los chicos buscando apoyo. Pero nadie se atrevió a decir nada durante un buen rato. Los hombres y las mujeres reían en la distancia, nadie parecía percatarse de lo que hablábamos.

—Bueno, verás —dijo Second Boy después de unos minutos—. Teniendo en cuenta que tu hermano murió en su propia cuna, puede que debieras tomarte las cosas un poco más en serio.

Sonrió un momento, pero después decidió volver a mantenerse serio. Mi hermana sacudía la cabeza, se echaba las manos a la cara. Pero todo lo que conseguía era que Shep la observase con cierta ternura.

—Gran Búfalo cantó canciones de duelo por tu dedo —dijo Jade—, y tú mismo lo enterraste en la fosa en la que ahora está tu hermano. Respeta eso al menos.

A pocos metros, algunos indios bebían directamente de las botellas, sentados sobre la tierra. O daban palmas alrededor del fuego. Fumaban. En ese momento, Gran Búfalo se levantó del suelo con la intención de dar un comunicado a la tribu, algo que normalmente hacía durante los *ponwons*. Tuvo que estirar el brazo con el que sujetaba una botella de whisky para no perder el equilibrio. Todos los hombres rieron.

Los muchachos y yo nos giramos hacia él sobresaltados por las carcajadas; en cambio, Pequeño Búfalo volvió la mirada.

—Quiero decir que con lo de su hermano nadie gastó bromas, ¿no? —volvió a decir Second Boy—. Ni siquiera cantaron canciones de duelo. Bueno, lloraron y todo eso.

Gran Búfalo volvió a sentarse en medio del grupo de hombres incapaz de pronunciar su discurso, y empezó a cuchichear con los que tenía más cerca.

Pequeño Búfalo se cruzó de brazos sin mirar a su padre. Chascó la lengua.

—Esto no tiene que ver con los muertos —dijo—. Ni con las canciones de duelo. Solo es una fiesta.

Jade se incorporó de espaldas a la hoguera. El resplandor de las llamas envolvía su silueta otorgando a su cuerpo un halo de luz brillante.

—Se trata de una pérdida, y las pérdidas se respetan. —Señaló a Shep con el dedo índice—. Hacedme caso, tarde o temprano acabaréis perdiendo a alguien.

Tuve un escalofrío pero traté de que nadie lo notara. Pensé en Shep y en su hermano pequeño, en el cuerpecito menudo de aquel crío el día que fue enterrado.

Jade nos echó una ojeada a todos, después bajó la cabeza. Se dio la vuelta y empezó a caminar de espaldas a la hoguera. Muy lentamente, como si de pronto hubiese dejado de importarle lo incapaces que éramos todos de entenderla. Fue alejándose sin girarse hasta que, poco a poco, la luz del fuego dejó de iluminarla.

—Tonterías —dijo Second Boy—. No tiene que desaparecer nadie solo porque Jade lo diga. Las cosas no funcionan de ese modo. —Le dio una palmada a Shep en los hombros.

Recuerdo que asentí después de que Second Boy hablara; aquello era lo único cierto de todo lo que dijimos esa noche aparte de lo del incendio. En cambio, Shep prefirió no decir nada, tan solo se mantuvo callado, con la mirada perdida en el fuego alrededor del cual los indios mayores reían y cantaban.